EL REY INDÓMITO

Pedro I de Castilla

Teatro

Y

MARÍA CORONEL

Sainete

EL REY INDÓMITO. Pedro I de Castilla.
Emilio Pacheco Sánchez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España

902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788416157044

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2014 Emilio Pacheco Sánchez.
© 2014 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi mujer, Aurora.

A mis hijos, Emilio, Aurora Rocío y Víctor Luis.

A la memoria de mis abuelos, Bernabea y León, Patrocinio y Emilio.

PRÓLOGO Y PRELUDIO POÉTICO
Luis Cobos

PRÓLOGO

El conocimiento y el perfeccionamiento de la técnica instructiva, investigadora y literaria, hace posible que se pueda escribir sobre lo escrito y divulgado, con encanto y modernidad, sin renegar de la tradición.

Esta es la forma en la que Emilio Pacheco encuadra su obra.

Me gusta la literatura histórica ó basada en hechos históricos, reales o no. Y esta pieza teatral tiene los ingredientes propios de una obra de la época de Cervantes o Shakespeare, contada con una técnica literaria moderna, contemporánea, fiel a la riqueza del lenguaje y a la forma teatral del sainete.

Es difícil escribir, a estas alturas, una obra sobre los últimos días de la vida y andanzas de D. Pedro I, un rey temido, odiado y querido, cuando ya se ha escrito profusamente sobre ello.

Emilio Pacheco lo ha hecho y muy bien, centrándose en los hechos y andanzas de este notable ser que según cuentan las crónicas de la época: "*mató a muchos caballeros y escuderos de los mayores deste Regno; e tomó contra voluntad muchas dueñas e doncellas, dellas casadas; e tomaba derechos del Papa é de los Prelados...*" Además de dejar un numerosísimo reguero de hijos, conocidos y desconocidos.

El introito que figura en el libreto es un resumen espléndido de la historia de España.

El Rey Indómito es un relato teatralizado de celos, desdén, muerte, amor, crueldad, fortuna, ausencia, pasión, traición, vasallaje, valor…

Elementos teatrales por excelencia, sobre los que escribió Cervantes, bien retratados por Emilio Pacheco y contenidos en un texto ágil y enriquecedor.

El Rey Indómito es la crónica de los últimos días del Rey Pedro I de Castilla, llamado "El Cruel". En ella se entrelazan los hechos históricos con cierta ficción o recreación, que la hacen atractiva y contemporánea sin que por ello pierda la esencia histórica.

Emilio Pacheco es de Montiel, tierra de anhelos, leyendas e ingenio.

Ejerce de Manchego y retiene su apego a las tradiciones, al lenguaje seco, gótico y con retranca de la gente de Montiel y su comarca.

Emilio Pacheco pone voz a las voces que cuentan la historia, dejando memoria de un tiempo que no morirá.

Me ha pedido el autor que le escriba un prólogo a esta profusa obra de teatro, llena de anécdotas y situaciones, en las que la realidad y la ficción se entrelazan, sin que uno sepa muy bien donde acaba una y empieza la otra, aunque toda ella emana autenticidad e historia.

He pensado que, después de esta breve introducción, un Preludio poético, abierto y ecléctico, casi musical, le vendrá bien a esta gran obra.

PRELUDIO POÉTICO

Querido Emilio Pacheco:
Con poco tiempo y embargo,
abierto de corazón,
paso a concretar tu encargo
que inicié, tarde y sin falta,
con esmero y atención.

Me impresiona la limpieza
con que modelas el verbo,
tu precisión y justeza,
buceando en el acervo
de castellana realeza,
el brillante recorrido
que realizas, con esmero,
por las sendas de Castilla,
y los requiebros del rey
que, bailando muchas danzas,
unas con fortuna y suerte
y otras con desprecio y saña,
no pudo, al fin, evitar
que la parca, con su maña,
lo premiara con la muerte.

Esta obra tuya encierra
la palabra, el son, el eco,
la memoria y el clamor
de esos pretéritos tiempos,
sacados del recoveco
de la historia, del rumor…
y de la prosa, que rima

con el infierno y con Dios,
porque quiere ser la voz
de las voces silenciadas,
que dormidas en la cuna
de la historia, se levantan
para erguirse, por derecho,
para mostrar la verdad
de la intención y del hecho,
y esquivar la soledad,
gritando: ¡A lo hecho, pecho!

El feble hálito de voz,
que nuestra conciencia guarda,
de la historia no sabida,
de D. Pedro El Justiciero,
se abre paso furibundo
pidiéndote: habla, habla…
y cuéntale al sordo mundo
cuánto vale una palabra
de este mortal moribundo
que agarrándose a la tabla
de la inmortal salvación,
muere sin morir, viviendo
en afligida aflicción
porque su hermano, enemigo,
en él perpetró traición.

Dijo D. Pedro, ya muerto:
No permito la tibieza,
aún estando sin cabeza,
de aquellos que no defienden
mi honestidad, mi bravura
mi nobleza y mi buen nombre:

Ya fuere por ser gran rey
o por yacer y yacer
con cien hembras, cien amantes,
dando ejemplo de gran hombre.

Interpretarán tu obra,
para tu satisfacción:
Un gran número de actores,
colegas del trovador,
críticos y complacientes,
seguidores, oponentes
y poetas, de aluvión…
Puede ser en la discordia
o tal vez al alimón.

Como reza el vivo verso,
que a la muerte del genial
hidalgo de rocín flaco,
en su tumba vive inerte:
…que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Me parece, amigo Emilio,
alargándome ya un poco,
que adivino la intención,
de rememorar a aquél,
que de justo hizo razón,
clarificó la palabra,
criticó la ira, la usura,
fue el espantajo y el coco,
cultivó la sinrazón,
adoró la hermosura
y consiguió, poco a poco,

morir cuerdo y vivir loco.
Si, aquél hombre inquieto y terco
que escribió, como ahora tú,
sobre Numancia y su cerco.

Sabes bien de quién se trata:
Aquél que hablando de la suerte,
con criterio y ciencia cierta,
dijo que ésta siempre deja
una puerta y media, abierta.

Vive Dios que el rey Don Pedro,
cuando quiso no encontró,
la mencionada salida
a la que "el manco" aludió
en el magistral relato
que Quijano interpretó.

Como buen manchego, Emilio,
eres maestro en la siembra,
con el arado y la hoz.
Con el arado, al abrir
surcos de historia supina,
con la hoz, cortando ripios
que al verso causan inquina.
A decir verdad, Emilio,
creo, sin exagerar,
que esta obra te consagra
como escritor teatral
y por lo menos de Don
te deberían tratar.
Suelto y ligero de pluma,
trazo firme y colosal,
eres alguien que merece

reconozcan como tal.
Sumarán muchos los días
que este histórico sainete
será dicho, interpretado,
releído y disfrutado
por millares de paisanos.
No sé si acierto el ahora,
ó deciden los Arcanos.

Así mismo lo deseo,
por el bien del escritor,
del actor, del editor
y del público ferviente
que disfruta con la mente,
el alma y el corazón.
Quiero que el preludio que hoy
escribo con emoción
y amistad sin paliativos,
sirva a todos los amigos
de la palabra, del verso,
de la prosa y la canción.

El teatro nos convoca:
Largo el plazo me fiáis,
al rey la hacienda y la vida...
ser o no ser: qué dilema
Démonos a la bebida
y sigamos con la flema.

El ser, humano se vuelve
cuando descubre el teatro.
Larga vida a este sainete
escrito por hombre sabio,
estudioso, pulcro y buen

manchego, siempre palmario
que da cuerda a la andadura
del carromato de Tespis
con este original relato
del Rey Cruel y Justiciero
que las crónicas describen
como Don Pedro Primero,
por Dios el rey de Castilla,
refugiado en una villa
y en su castillo roquero.

El teatro, si, el teatro:
De Aristófanes, comedia,
utopía y realidad.
De Sófocles, soledad
y de Esquilo la tragedia.
De Menandro, novedad
y de Eurípides la escena,
que el teatro todo da
por la mala y por la buena.

Larga vida a Agamenón,
a Sócrates y a Platón,
a Empédocles, a Lucrecio
y si pinta la ocasión,
se las damos a Plutarco,
Marco Aurelio y Escipión.
Por gracias que no se quede
sin rumbo y tino mi dardo,
pero si alguien, de verdad,
esas gracias se merece
es, señoras y señores,
mi queridísimo Emilio

Pacheco, el manchego bardo,
relator de historia y cuentos
que ya se cuentan por cientos.
Así pues, amigo, hermano,
hasta aquí llegué, por hoy,
escribiendo de un tirón,
mi respuesta a ese, tu encargo.

A todo aquel que se asome
a este singular relato,
a esta pieza teatral
que nos diste, sin recato,
le auguro, querido Emilio,
un buen rato, encantador.
Y para acabar, declaro,
firmemente, sin rubor:
Con estas líneas versadas,
ni quito ni pongo rey,
pero ayudo al escritor.

Luis Cobos

Músico y trovador ocasional.

NOTA DEL AUTOR

Cuando miro las ruinas del castillo de Montiel siento que hay algo especial en ellas y no sabría decir qué es. Quizás este estado de ánimo sería similar al que sentirían los montieleños en marzo de 1369 cuando observaron el pendón real ondear en la torre del homenaje. El hecho de haber servido de inesperado cobijo al rey Don Pedro I hace del castillo de la Estrella una fortaleza archiconocida. Imagino los paseos nocturnos del monarca por los adarves y torres, oteando el horizonte, tratando de vislumbrar la imposible huida. Hay, lo siento así, una especie de atracción que se infiere a la observación de estas sempiternas ruinas.

He pasado años averiguando todo lo concerniente a este rey, su agitada vida y su época. La vida de Pedro I es una gran novela, un puro drama lleno de fuerza y pasión. Un azaroso vaivén de lucha sin desmayo para preservar su corona y su reino. Constantemente amenazado por las tarascadas de su hermano el Conde de Trastámara sufrió la guerra con el rey Pedro IV el Ceremonioso de Aragón, padeció la incomprensión y excomunión con que le obsequió el Papa Inocencio VI de Avignon y hubo de hacer frente a la traición de numerosos caballeros castellanos. Don Pedro I vivió un agitado y corto espacio temporal que le dio mucho de sí. Todo ello me dispuso a estudiar con verdadero entusiasmo gran parte de la extensa bibliografía dedicada a tan interesante personaje (crónicas, romancero, ensayos, teatro y novela), llegando a sentir tan cercano a Don Pedro que me avergüenzo de no haber dispuesto el mismo empeño en saber otro tanto de mis antepasados.

La figura de este rey y los hechos que culminaron con su muerte suponen para los montieleños una herencia cultural inusitada,

anualmente recreada y revivida con verdadera pasión. El drama personal de Pedro I alcanza en Montiel cotas de simbología monárquica y humana extraordinarias, elevando su figura de héroe acorralado a mito auténtico a costa de la traición perpetrada por el caballero bretón Du Guesclin. La fama de que gozó El Cruel-Justiciero le convirtió en uno de los monarcas preferidos de los dramaturgos del siglo XVII. Obras como **El zapatero y el rey; El médico de su honra; El rey Don Pedro en Madrid; Baraja del rey Don Pedro o La niña de plata** son algunos de los textos en los que se utilizó la figura de Don Pedro con fines literarios.

La presente comedia histórica es, lógicamente, una construcción artificiosa, de cierta pretensión cronológica y pedagógica. Los acontecimientos que se dramatizan son ciertos episodios de la vida de un rey, inevitablemente maldito por sus crueles venganzas, un rey que en sus 19 años de reinado no tuvo ni un momento de tranquilidad y sosiego.

La representación teatral correspondiente a una pequeña parte de esta obra se llevó a efecto por primera vez el 23 de Marzo de 2006 en la villa de Montiel con motivo de la conmemoración de la muerte del rey Don Pedro I de Castilla en aqueste lugar en 1369. Dicha representación y otras recreaciones históricas relacionadas con el regicidio de Montiel se llevan a cabo anualmente por el grupo de teatro de la Asociación Encomienda de Montiel y por actores aficionados de la localidad haciendo gala de un gran entusiasmo y acierto, todo ello inserto en un proyecto cultural ya consolidado y registrado con el nombre de "Montiel Medieval".

Lo que vais a leer, escuchar o ver, ¡Gentiles damas, nobles caballeros, doncellas y donceles! corresponde a una sucesión de algunas recreaciones históricas relativas a ciertos momentos de la vida de Pedro I de Castilla y de entre ellos una parte de la guerra civil que en Castilla hubieron hace más de seis siglos los hermanos Enrique de Trastámara y el precitado rey de Castilla. La contienda

se dilucidó en varias batallas en las que participaron soldados de toda condición, desde caballeros nobles y leales a mercenarios o gajeros, algunos de los cuales tienen cabida en esta obra. A través de estos hombres, de sus sueños medievales, de sus temores, de sus penurias y de su aliento podremos saber quién era quien en esas lides. 1350 a 1369, en ese espacio temporal situamos la obra. Un tiempo de pobreza, de guerras y de peste. Desgranamos algunos episodios de la vida del hombre que tuvo un peso decisivo en los cambios sociales que se produjeron en Castilla durante su reinado. Pero no sólo veremos en danza al protagonista de la obra, Pedro I el Justiciero sino que nos ocuparemos de otros personajes coetáneos que tuvieron una impronta decisiva; es el caso de Enrique de Trastámara, conde de Lemos y de Sarria, señor de Noreña, hermanastro de Don Pedro, a quien acabará asesinando ante los muros del castillo de la Estrella de Montiel.

Pondremos también en liza a Bertrand Du Guesclin, sire de la Motte-Broons y la RocheTesson, caballero bretón que gustaba vestir con un jubón de cuero y una túnica blanca con un águila bicéfala y las lises. Era conde de Longeville y chambelán del rey de Francia cuando reclutó las Compañías Blancas para venir en ayuda del de Trastámara. Aquí, en Castilla, fue reconocido como capitán de malandrines aunque en Francia le trataran como "messire le comte". A Du Guesclin se le atribuye la conocida frase: "Ni quito ni pongo rey pero ayudo a mi señor". Bien sabemos por qué. La dinastía borgoñona sucumbió al envite del francés, "au nom de Dieu", entronizándose la dinastía Trastámara. Un montón de personajes, cuyos nombres desvelaremos luego, enriquecen el drama con su sola presencia. Sus vidas son tan interesantes que bien merece la pena su concurso. Sépanlo cuantos este drama vieren.

INTROITO

Pedro I, llamado el Cruel y el Justiciero, rey de Castilla y León, hijo de Alfonso XI y María de Portugal, nació en Burgos en 1334 y murió en Montiel en 1369. Durante los 19 años de su reinado, el monarca tuvo que hacer frente a la peste negra que afectó a Castilla desde 1348 por espacio de veinte años, causando una dramática mortalidad en la población del reino. Su otro gran problema fue la guerra civil con su hermano el conde de Noreña, Enrique de Trastámara, quien le arrebató la corona.

De sus incontables biografías y de la extensa bibliografía a él dedicada, solo interesa a este autor el hecho indiscutible de su arrolladora personalidad y su figura, pero sobre todo, lo concerniente a los últimos días de su vida, días de angustia y zozobra vividos en el castillo de la Estrella de Montiel. Este es el objeto de esta pieza teatral que se aborda con toda la ilusión, imaginación y el rigor histórico de que este autor es capaz.

En los primeros meses del año 1368 la guerra fratricida entre el rey Pedro I de Castilla y su hermanastro Enrique de Trastámara sigue su enconado curso. Hay en ese momento muchos territorios en la Corona de Castilla que son fieles al legítimo rey: "*otrosí estaban entonce por el rey Don Pedro, Soria, é Berlanga, é Vitoria,é Logroño, é Salvatierra, é Álava, é Santa Cruz de Campezzo, é Sant Sebastián, é Guetaria, é Zamora, é todo lo más de Galicia, é el regno de Murcia, é Sevilla, é Carmona, é Xerez, é Úbeda, é Écija, é la ciudad de Toledo*" cuenta Pedro López de Ayala.

Don Enrique de Trastámara controlaba la zona central de la Corona de Castilla y recibía el apoyo de la mayoría de la nobleza castellana. Para ello utilizaba los argumentos que presentaban a su rival como

un monarca tirano, opresor de los nobles y déspota administrador de justicia, no exento de crueldad al decir de Pedro López de Ayala, pues el monarca castellano "*mató a muchos caballeros y escuderos de los mayores deste Regno; e tomó contra voluntad muchas dueñas e doncellas, dellas casadas; e tomaba derechos del Papa é de los Prelados…*"

El 20 de noviembre de 1368 se firma un Tratado entre Enrique II y el monarca Carlos V de Francia. La monarquía francesa se comprometía a ayudar en el terreno militar al de Trastámara con la finalidad de que ocupase el trono al que aspiraba, por lo que regresaron a tierras hispanas los dirigentes militares franceses Beltrán Du Guesclin y el mariscal Arnaul D´Audrehem con sus tropas. Corría el mes de diciembre y se dirigieron a Toledo para ponerse al servicio de Don Enrique. Pedro I, reaccionó enviando una delegación a Londres para buscar una nueva alianza militar y conseguir la vuelta del Príncipe de Gales y sus tropas, cosa que no fue posible al no haber satisfecho Don Pedro el pago en su totalidad de los servicios prestados en la batalla de Nájera.

El rey de Castilla, preocupado por el cariz de los acontecimientos al enterarse de que numerosas ciudades se estaban entregando a los dominios de Don Enrique, decidió intervenir más directamente en la contienda y optó por acudir en auxilio de la ciudad de Toledo. En los primeros meses del año 1369 eran muchos los caballeros que se pasaban al bando del Trastámara, proclamado rey en Calahorra, debido a las mercedes que éste concedía y a la difusión enconada que de la crueldad de su rival hacía.

Abandonado por el Príncipe de Gales, Pedro I pidió auxilio al rey de Granada, su amigo y vasallo, quien le envió mil quinientos jinetes y muchos soldados de a pie a Sevilla. Es a principios de 1369 cuando las tropas del rey castellano parten de la fortaleza de Almodóvar del Río hacia Córdoba y Despeñaperros y por las sierras de Cazalla, Guadalcanal y Alanís, llegan a Llerena y Puebla de Alcocer (Badajoz), uno de los feudos de la poderosa Orden de